

Jáuregui, Carlos A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. 2ª ed. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt: Vervuert, 2008. 724 pp. Kim Beachesne. *Revista de estudios hispánicos* XLIII. 2 (May 2009): 17-20.

No cabe duda de que el caníbal constituye una de las figuras más recurrentes en la cultura latinoamericana. *Canibalia* de Carlos A. Jáuregui, la obra ganadora del Premio Casa de las Américas 2005, es el estudio más ambicioso y completo sobre los complejos procesos de significación de esta figura desde la Conquista hasta nuestros días. Valiéndose de una metodología interdisciplinaria (crítica literaria, antropología cultural, psicoanálisis, etc.) y prestando especial atención a la particularidad histórica de cada contexto de producción de los textos analizados, Jáuregui argumenta que el canibalismo ha sido un tropo fundamental para definir no sólo la alteridad sino también la identidad nacional, en relación con la experiencia (pos)colonial y la creciente crítica del mercado global y del consumo. En este sentido, toda América habría sido concebida como una *Canibalia*: “un vasto espacio geográfico y cultural marcado con la imagen del monstruo americano comedor de carne humana o, a veces, imaginada como un cuerpo fragmentado y devorado por el colonialismo” (18).

El volumen se compone de siete capítulos organizados cronológicamente en torno a distintos escenarios históricos. El primer capítulo, “Canibalia”, examina la fuerte asociación entre América y el caníbal durante la Conquista. Jáuregui destaca seis instancias de (re)significación del canibalismo: la invención del caníbal como marca de alteridad ya prefigurada; la ambigua articulación americana del mito del salvaje como un eje de la colonialidad moderna y un signo que reactiva la nostalgia por un mundo idílico; el uso del canibalismo como causa jurídica de la guerra y la explotación; el uso

simultáneo del canibalismo como crítica del imperialismo español; la representación del caníbal americano como símbolo cartográfico del territorio recién “descubierto”; y la configuración etnográfica del canibalismo en el contexto de la lucha comercial europea en el Nuevo Mundo. De este modo se demuestra que el caníbal está en el origen traumático de la formación identitaria de América.

El segundo capítulo, “La trampa especular de la diferencia”, trata de la conexión entre el Otro colonial y el Yo, o sea el desestabilizador reconocimiento del *canibalismo blanco* que cuestiona la supuesta distinción entre el *ego conquiro* y el pueblo conquistado. Jáuregui muestra que si bien al principio se relegan los actos de canibalismo europeos a la excepcionalidad, en las etnografías evangélicas se revela el horror colonial ante la similitud entre los sacrificios humanos mexicas y algunos ritos cristianos, un fenómeno que llevará a Bartolomé de las Casas a practicar un ajuste doctrinal. Después de explicar cómo el canibalismo funcionó como espejo para discutir la cultura europea (Jean de Léry, Michel de Montaigne) y como encomio ambivalente en la épica bélica y el Barroco, el capítulo se cierra con un análisis original de las loas de Sor Juana Inés de la Cruz. Distinguiéndose de las tesis sobre el supuesto carácter proto-nacional de estas piezas dramáticas, Jáuregui interpreta la representación de una América idólatra y caníbal como manera de marcar una diferencia para integrarse en el orden imperial universal, revelando así la emergencia de una conciencia criolla.

El tercer capítulo, “Guardarropía histórica y simulacros de alteridad: salvajes y caníbales de los relatos nacionales”, es un detallado estudio del canibalismo en la producción textual del siglo XIX, el cual logra identificar seis manifestaciones simbólicas: los nobles

*sauvages* y caníbales de la Ilustración y el pensamiento criollo; los monstruos devoradores del movimiento de emancipación; los salvajes voraces del período romántico; el “tigre de los llanos”, el “caníbal de Buenos Aires” y Domingo Faustino Sarmiento; el *principio africano* y el negro *Comegente* del Caribe; y los caníbales del indianismo brasileño. Jáuregui plantea que, en todas estas instancias, el caníbal salvaje sirve para (re)imaginar la nación en relación con las otredades étnicas o políticas.

El cuarto capítulo, “Los monstruos del latinoamericanismo arielista: variaciones del apetito en la periferia (neo)colonial”, expone cómo el paradigma arielista sirvió, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, para definir la alteridad con imágenes del caníbal (reinventado en el personaje de Calibán) que reenvían a la vez a la multitud y al imperialismo norteamericano, dos coordenadas discursivas que no suelen ser estudiadas juntas en los análisis del arielismo. Empezando con la obra de José Martí, pasando a los autores de la guerra de 1898 y luego a los intelectuales de la izquierda y la derecha que asociaron Calibán con la plebe proletaria, el capítulo termina con un apartado sobre un texto menos conocido, *Sariri: una réplica a Rodó* (1954) del boliviano Fernando Diez de Medina. Según Jáuregui, este ensayo, aunque se propone criticar *Ariel*, no es más que una reescritura populista y neo-indigenista del paradigma arielista.

El quinto capítulo, “*Antropofagia*: consumo cultural, modernidad y utopía”, se enfoca en otra apropiación moderna del tropo caníbal, la del grupo *Antropofagia* creado en torno al “Manifiesto Antropófago” (1928) de Oswald de Andrade y la *Revista de Antropofagia* (1928-1929). Sin desligarse de la ciudad letrada ni ofrecer una agenda claramente emancipatoria, este proyecto privilegia el canibalismo como una metáfora modélica que

rechaza la tradición y el nacionalismo xenófobo al abrirse a lo foráneo (europeo, colonial) para deglutirlo y convertirlo en cultura nacional. Jáuregui advierte que el Modernismo antropófago, situado entre el elitismo arielista y los movimientos de descolonización cultural, se realiza en un contexto de polisemia y contradicción que incluye *otras Antropofagias* poco estudiadas como la relectura irónica del archivo colonial y la reactivación del mito de la *Edad dorada*.

El sexto capítulo, “*Calibalismo: modulaciones de la voz del monstruo*”, presenta nuevas apropiaciones de Calibán como una figura conceptual de la identidad caribeña y latinoamericana en el pensamiento anticolonial, sobre todo en los textos de Aimé Césaire y Roberto Fernández Retamar. Jáuregui sugiere que la Revolución cubana se ve a sí misma como un canibal alzado contra el colonialismo y el imperialismo capitalista norteamericano. Sin embargo, señala también que el canibalismo que aparece en los libros de Miguel Barnet, Tomás Gutiérrez Alea y Nancy Morejón, a pesar de realizar una serie de impugnaciones contra el discurso colonial occidental, no desestabiliza las estructuras coloniales sino que sigue fiel a la colonialidad y la exclusión del género, lo cual será un blanco de las críticas feministas que abogan por una feminización de Calibán.

El capítulo final, “*Del canibalismo, el calibanismo y la antropofagia, al consumo*”, evalúa el impacto del mercado en la escena canibal contemporánea. Se eligen como ejemplos ilustrativos dos eventos de 1998: la *XXIV Bienal de São Paulo*, que celebra el lugar de Brasil en la era global, y *Caliban* de Marco Azevedo, que denuncia la exclusión de los que no pueden participar de esta fiesta. Jáuregui menciona que el consumo le da un fuerte

significado al tropo del canibalismo indicando, para algunos, un espacio más democrático, híbrido y menos elitista (el canibalismo “noble” o comunión de Jesús Martín Barbero, un rito social de formación de ciudadanía según Néstor García Canclini) y, para otros, una cultura de consumo que mantiene las desigualdades sociales y estructuras coloniales, de acuerdo con “la lógica del canibalismo tardío” (Crystal Bartolovich). Jáuregui concluye su obra insistiendo en la productividad actual del Calibán-canibal como un Otro exterior al Estado y a las instituciones del saber.

En suma, la inestimable contribución de este volumen consiste en abarcar de manera comprensiva las principales instancias de redefinición del canibalismo desde una perspectiva analítica y crítica. Al demostrar la utilidad de la matriz del canibalismo, este estudio arroja una luz nueva sobre los procesos de construcción de la identidad latinoamericana.

The University of British Columbia

Kim Beachesne